

—Mucho gusto —dijo Alfredo—, me contaron que tenías un negocio en Brasil.

—Un negocio no —repuso el joven—. Tengo un tallercito. Arreglo estufas y también...

Se interrumpió al ver que la muchacha empezaba a reírse al tiempo que Alfredo la miraba sorprendido. Ernesto quedó perplejo, pero su novia lo tomó del brazo.

—Ya tenemos que irnos —dijo volviéndose hacia Alfredo—. Como vos dijiste, no nos vamos a volver a ver. Así que adiós, y mucha suerte.

Los vio alejarse de espaldas al sol, sin conversar, sin tocarse.

—¡Cecilia! —gritó llevado por un impulso. Y corriendo hasta ellos le preguntó: Es mentira, ¿no? Todo es un invento tuyo, ¿no es verdad?

Ella sonrió por última vez.

—Capaz —dijo.

Se quedó allí en esa esquina a dos cuadras de la frontera, en tanto ellos se perdían de vista por una callejuela junto al río. Los envidió un poco. Pensó en su juventud y en la amargura de la adultez, y se preguntó si serían felices. Sí, se contestó, si es que eso que se llama felicidad existe en algún lado, y si no, él prefería no enterarse.

Montevideo, abril de 1993.

EL VIGILANTE

Miró el reloj. Medianoche en tres minutos. A medianoche debía hacer su recorrida; así lo había dispuesto él mismo esa tarde, al llegar. Faltaban, pues, tres minutos, y por tanto esperó, con la mirada fija en la calle de balastro, separada de su caseta por la alambrada y dos metros de banquina. Enfrente, cruzando la calle, los pinos formaban un muro oscuro y susurrante bajo el viento del otoño. Detrás estaba la fábrica, sus gatos y sus ratas, juntos en la soledad. No había casas en las cercanías, ni tampoco en las dos manzanas que la rodeaban y, cuando salía la luna, parecía el espectro gris de una civilización perdida, dejado como testimonio de una existencia pasada. Pero esa noche no había luna, apenas pálidas estrellas. Medianoche, ahora sí. El vigilante metió el revólver en la funda, tomó la linterna y salió a hacer la recorrida, acompañado por los saludos de una lechuza.

Lo que tenía que vigilar era el entorno del enorme galpón que ahora yacía muerto en la oscuridad. Hasta no mucho tiempo antes era la caparazón de un hormiguero de hombres que trabajaban veinticuatro horas al día, sudando vapores pestilentes y respirando entre un murmullo infernal de máquinas y golpes de hierros. Ahora, apagado y mustio, le crecían los arbustos por dentro, y de la anterior actividad no quedaban más que los esqueletos de las maquinarias arrojadas a la buena de Dios, aquí y allá, en los alrededores. Eran esos fantasmas herrumbrados los que él cuidaba, y los únicos con los que conversaba. Los conocía de memoria, sabía sus perfiles negros, los llamaba por sus nombres antes de alumbrarlos con la inútil

Se recostó al marco para que no lo vieran. Le sorprendió la lentitud con que se desplazaba el auto, un Chevette blanco con un solo ocupante. Parecía busear algo, tal vez la salida hacia la carretera, tal vez alguien a quien preguntárselo, pero era extraño. Anotó la matrícula. Al pasar frente a la fábrica aceleró un poco y finalmente se detuvo unos cincuenta metros más adelante. Allí ya no había nada que no fuera pasto y árboles.

El automóvil apagó las luces y todo quedó negro.

El sereno="sereno" data-bbox="38 306 464 478">El vigilante salió de su caseta y se dirigió al extremo de la verja para ver mejor, pero por más que aguzó la vista no tuvo resultados. No se veía nada. Se puso, pues, a escuchar. Sólo los ladridos de perros lejanos y los maullidos de los gatos del galpón. Sólo los silbidos de las lechuzas y el viento que agitaba los árboles. Sin embargo, en algún momento, le pareció escuchar un rumor de hojarasca pisada.

Un rato después, oyó el cerrar de la portezuela del coche. Sus luces se encendieron y se alejaron por el camino.

El vigilante regresó a la caseta y continuó tomando mate. Antes anotó la hora en que el coche había partido. Casi la una.

A las seis menos diez de la mañana la primera luz del sol permitió distinguir la calle del bosque de pinos, y por ella el vigilante pudo ver la silueta cansina del sereno que lo relevaba. Tomó las llaves y, dejando el mate en la mesa, se encaminó al portón. El sereno entró y ambos volvieron a la caseta. El sereno era un hombre locuaz: habló de sí mismo.

—Estoy cansado —dijo—, la verdad es que los fines de semana me canso más que en otros días.

El vigilante asintió y le cebó un mate.

—¿Todo bien? —preguntó el otro.

—Todo bien —contestó.

—Por mí puede irse nomás. No vaya a estar esperando que se hagan las seis.

—No. Prefiero esperar a las seis.

El sereno dejó el bolso en el piso mientras el vigilante revisaba su arma y la metía en el bolso.

—¿No la descarga? —preguntó el sereno observándolo—. Las armas las carga el diablo.

Y como no le contestara continuó:

—Estoy cansado —volvió a explicar— porque ayer vinieron las sobrinas de mi mujer de visita y se quedaron toda la tarde. ¡Hay que ver cómo conversan esas mujeres! Hablan de cuanta cosa se les cruza por la cabeza. Ayer pasaron toda la tarde discutiendo de la reencarnación. ¿Usted cree en eso?

—Sí —contestó el vigilante. El otro se sorprendió.

—¿En serio? A mí me parece un disparate.

—Puede ser.

—Pero usted dijo que creía en eso.

—Sí, eso dije.

Quedaron en silencio. El sereno miró la hora.

—Ya son las seis. ¿No se va?

El vigilante volvió a mirar el camino y el lugar donde el coche se había detenido. Todavía no había suficiente luz como para ver entre los árboles.

—Dígame —volvió a decir el sereno—. ¿Usted no descansa nunca?

—No.

—Eso es malo, más para un tipo joven como usted. ¿Por qué no se toma un franco?

—Para no cansarme —replicó el vigilante. Y diciendo esto, tomó su bolso y se fue.

—Hace muchos años, yo era una rata, y vivía feliz en mi cañería, hasta que un gato me mató. Reencarné, y ahora me estoy vengando.

Se sentó en su silla. El sereno se quedó parpadeando unos segundos, mientras él encendía el calentador, y luego se fue a buscar sus cosas para irse. El vigilante miró el manojo de llaves y se dijo que a las ocho haría la primera recorrida.

—Mátelo —dijo el sereno antes de que él cerrara el vigilante

El vigilante captó la alarma, aunque el otro no habló. Esperó unos segundos y colgó

De tarde, después de almorzar su churrasco y su huevo frito, salió unos minutos a la azotea. A esa hora —cuatro y media— la pensión estaba casi desierta. Pudo haber llamado de nuevo entonces, pero no lo hizo. Algo lo había desanimado de pronto. En un rincón de la azotea una araña tejía su tela, y él, habiendo escuchado alguna vez que ellas captan cuando han atrapado un insecto gracias a las vibraciones de la tela, decidió probar si esto era verdad tocando los hilos con un palito. La araña no le dio pelota.

Miró alrededor y descubrió un bichito de la humedad que recorría la azotea sin rumbo fijo. Lo tomó con cuidado y lo depositó en la tela, y la araña de nuevo rechazó la inmolación. Frustrado, abandonó sus experimentos etológicos, no sin antes destruir de un pisotón, araña, tela y bichito. Bajó a la sala de la pensión y se sentó un rato junto al teléfono.

Al fin, tomó su uniforme, su bolso, su revólver y se marchó.

A las nueve llamó de nuevo. Escuchó que descolgaban, pero nadie habló. El tampoco. Un cuchicheo, después otro, de voces apagadas.

—¿Sí? —dijo alguien después.

Continuó sin responder. Oyó un ruido raro del otro lado, y al fin:

—¡Qué mierda quiere!

Era la mujer joven. Lo sorprendió el grito.

—¿Está Antonio?

—¿Para qué lo quiere?

Pensó. ¿Para qué lo quería?

—Tengo que hablar con él.

—¿De parte?

—De un amigo.

El hombre debía estar allí cerca, pues escuchó de nuevo los cuchicheos, y luego él contestó. El vigilante se dijo que era mejor obligarlo a colgar, por lo que volvió a guardar silencio, pero el tal Antonio preguntó si era el mismo que había llamado el día anterior. Respondió que sí.

—Y bien —preguntó el otro—, ¿qué quiere?

—Quiero plata —contestó al fin.

—Me lo imaginaba. Pero, ¿se puede saber por qué tengo que darle plata?

—Porque te gusta pasear por Paso Carrasco.

—¿Y eso qué?

—Que si te seguís haciendo el sonso, todo el mundo se va a enterar.

Colgó sin darle tiempo a contestar. Salió de la oficina extrañamente feliz, acompañado de los lóbregos maullidos de los gatos.

A las cuatro y media la pensión volvió a sumirse en el silencio. Podría haber llamado entonces, pero se demoró ajustándose el nudo de la corbata. A las cinco menos veinticinco bajó del altillo y llamó. Atendió la mujer, dijo que el tal Antonio no se encontraba, pero que podía hablar con ella si tenía algo que decirle.

—Prefiero hablar con él —repuso.

—¿Fue usted el que llamó diciendo que lo veía por Paso Carrasco?

Un tanto sorprendido, no contestó.

—Bueno —continuó la mujer—, puedo asegurarle que él nun-

ca va por allí.

—¿No tiene un Chevette blanco?

Un silencio de un par de segundos.

—¿Qué tiene que ver?

—Ese auto estuvo por allí el domingo de noche. ¿Quiere que se lo diga a la policía?

—¿Decirle que vio un auto blanco? Lo van a meter en el manicomio.

—Tal vez. Pero dígale a su amigo Antonio que puedo decirles también donde pueden encontrar un paquete envuelto en una sábana blanca. Y pensándolo bien, capaz que lo hago.

Colgó y tomó su bolso para dirigirse a la parada.

Esa noche, apenas tuvo tiempo de apagar la luz de la caseta antes de que el Chevette blanco lo iluminara con sus focos. No necesitó fijarse en el número de la matrícula para saber que era el mismo, ni tampoco fue a espiar a la verja. Se quedó tomando mate y comiendo empanadas en la oscuridad. Más de una hora después el coche volvió a pasar en dirección contraria.

Pero tampoco ahora encendió la luz. Se quedó en la oscuridad hasta que salió el sol.

No había pensado en informar a la policía, eso había sido una mentira. Volvió a llamarlo la siguiente tarde, a la misma hora. Esta vez atendió el hombre, y su voz, aunque nerviosa, no parecía traslucir un ánimo quebrado. Esto molestó al vigilante.

—No se preocupe —le dijo—, no llamé a la policía.

—Por Dios, diga lo que quiere. No entiendo nada.

—Yo tampoco. ¿Cuánto me ofrece?

—Depende de lo que usted tenga para ofrecerme a mí.

—Te ofrezco mi silencio. ¿Es poco?

El otro demoró unos segundos en contestar.

—¿Qué es lo que se supone que sabe?

El vigilante rió.

—Si vos no lo sabés, ¿querés que te lo diga yo? ¿Entonces qué estabas haciendo anoche en el auto, en Paso Carrasco?

—¿Anoche? Anoche no salí de casa.

—Estás mintiendo —contestó el vigilante con voz ronca, y colgó.

En los siguientes días se abstuvo de llamar. Así alentaría en el hombre del coche blanco la ilusión de que se había olvidado del asunto. Pero además, la noche siguiente a la última llamada ocurrió algo que lo distrajo: observó a dos muchachos que pasaron por el camino frente a la fábrica. No era del todo raro, ya los había visto algunas veces y sabía que vivían en las cercanías, lo mismo que algunos otros que en ocasiones espantaba de los alrededores de la fábrica cuando llevaban sus novias a los arbustos. Pero ahora le llamó la atención que hubieran fijado su mirada en el interior de la fábrica. No cualquier mirada, por cierto.

“Los voy a agarrar”, pensó.

No quiso hacerlos esperar. Adelantó, por esta sola vez, el horario de su recorrida, que esa noche había fijado para las diez. A las nueve salió, balanceando su linterna para que lo vieran de lejos. Mas no dobló en la esquina del edificio, sino que se ocultó tras unas chapas viejas. Unos minutos más tarde, el crujir de la verja le dijo que no se había equivocado. Se acercó despacio, hasta vislumbrar un par de sombras que se acercaban a una pared donde se amontonaban los fierros herrumbrados. Aun en la oscuridad pudo advertir la torpeza con que se movían.

“Estúpidos”, se dijo, “hasta un guardia que estuviera dormido los hubiera descubierto”.

Se aproximó sigilosamente. De improviso, encendió la lin-

98 □ Henry Trujillo

El vigilante □ 99

terna. Uno de ellos gritó y salió corriendo hacia la verja. Cuando el segundo quiso hacer lo mismo lo encañonó con el revólver.

—Movés un dedo y te quemo.

El muchacho alzó los brazos temblando. Era un morenito que aparentaba unos dieciséis años. Tal vez tuviera más.

—Sos un guacho —dijo el vigilante—. ¿Tu madre sabe lo que andás haciendo?

El chico no respondió nada. El se acercó y le apoyó el cañón en la nariz.

—Tu amigo te dejó en banda, parece. —Esperó unos instantes y preguntó:

—¿Cómo te llamás? Yo me llamo Villanueva. ¿Oíste? ¿Ves que no tengo miedo de decirte mi nombre? ¿Cuál es el tuyo?

De nuevo esperó inútilmente una respuesta. El chico no abrió la boca. El le dio una patada en los testículos. El muchacho cayó al suelo gimiendo.

—No seas tan mal educado— continuó el vigilante inclinándose sobre él.

—Dale, ¿cómo te llamás?

—Marcelo —balbuceó el otro.

—No te oigo.

—Marcelo, Marcelo.

—¿Marcelo? Bueno, Marcelo, sos muy jovencito para hacer estas cosas, así que te voy a dejar ir si me prometés que no vas a volver a robar.

—¡Andáte a la mierda!

No pudo completar la frase. El vigilante le había metido el cañón del revólver en la boca y amartilló el percutor, que en el silencio de la noche hizo un clic siniestro. Los ojos del ladrón se abrieron de pánico.

—Sos maleducado, Marcelo. Pero no importa. Juráme por Dios y por la Virgen María que nunca vas a robar, y te dejo ir.

A la luz de la linterna vio la cabeza del otro moverse afirmativamente. “No te oigo”, insistió. El muchacho se atragantó con el cañón de acero, tosió, dijo que sí, que por Dios y la Virgen María.

—Yo no creo en Dios. ¿Vos creés en Dios?

—No.

—Entonces juraste en falso, Marcelo. Mentiste. ¿Te parece lindo?

Las lágrimas brillaron en los sucios y morenos cachetes. El vigilante se levantó y guardó el revólver.

—Andáte.

—Ábrime la puerta —pidió el ladrón—, casi no puedo caminar.

—¿Quién te dio permiso para que me tratés de vos?

—Señor, ábrame la puerta.

—Por favor.

—Sí, sí, por favor.

—No tengo la llave. Vas a tener que volver por donde viniste.

Regresó tranquilamente a su casilla. Al rato sintió cómo la alambrada crujía trabajosamente. Más tarde todo quedó en silencio. El vigilante puso agua a calentar.

Viernes de noche. Buen día para fantasmas y vampiros, buena noche para lobizones y monstruos sedientos de sangre y carne. Llamó a las nueve, a las diez, a las doce, a la una. Recién a las dos y cuarto contestaron.

—¿Hola? —Era el hombre. Su voz sonaba tranquila. El vigilante esperó.

—¡Hola! —Ahora sí sonó nerviosa.

—¿Dónde andabas?

Del otro lado debieron tapar el tubo con la mano, pues se apagó el sonido ambiente; el vigilante esperó con paciencia.

—¿Qué quiere?

—No hace una semana todavía —repuso el vigilante— y ya andás de joda.

Cortó.

A las ocho de la mañana estaba frente a la casa de la calle Minas, acompañado tan sólo por dos bor="0.1em"> por dos borrachos que todavía no encontraban el camino a su casa, discando en el teléfono de la esquina. Descolgaron, nadie habló.

—Sé que estás escuchando —dijo el vigilante—. Me parece que te has olvidado que tenemos que hablar.

—Está bien —repuso la voz, ahora angustiada, desde el otro extremo de la línea—. Está bien, pero no sé qué quiere usted.

—Todo se puede conversar.

—No puedo hablar por teléfono.

—Yo hablo lo más bien.

—¿Tiene miedo de que le vea la cara?

El vigilante pensó un momento.

—El lunes a las tres de la tarde. Hay un bar en Joanicó y Cipriano Miró.

—¿Cómo lo conozco?

—Yo te conozco.

En realidad no lo conocía, pero sabía que podría conocerlo enseguida. Se sentó en la parada y esperó que alguien saliera de la casa. Efectivamente, pocos minutos después un hombre de mediana edad salió acompañado de una mujer. El hombre era rubio, la mujer parecía muy joven.

El lunes se instaló en una mesa junto a la ventana del bar. Corrió unos centímetros la taza de café aunque no pensaba

tomarla. Llevaba puesto el uniforme, pero encima se había colocado un buzo azul que ocultaba la insignia. Hacia las tres el bar se llenó de hombres de todas las edades que escapaban de una fábrica cercana, donde acababan de cobrar sus jornales. Pronto el aire se oscureció de tanto humo y risa inútil. “Mejor”, pensó él.

A las tres y cuarto todavía no había visto al hombre rubio de nombre Antonio. En la vereda de enfrente dos mujeres barrían o hacían como que barrían mientras fisgoneaban a los vecinos. Un niño entró y compró cigarrillos para su padre, luego de esperar largo rato que el bolichero se resignara a dejar de conversar con sus clientes, a los que parecía conocer bien. El niño aún pugnaba por evitar que se le cayeran las monedas de la mano cuando una mujer apareció en la entrada. Era joven. Los que estaban en la barra torcieron la cabeza para mirarla. Ella cruzó la vista por todos los rincones. Al fin, sorteando las piernas esparcidas por el suelo, llegó hasta la mesa del vigilante.

—Vengo de parte del señor Antonio.

Se sentó dejando el bolso sobre la mesa. El bolichero se acercó con rapidez inusitada.

—No quiero nada —dijo la muchacha.

El vigilante acabó por reconocerla: era la misma que había visto junto al tal Antonio, el día anterior. Además, la voz parecía ser la misma del teléfono.

—¿Cómo supo que era conmigo que tenía que hablar?

—Era el único que estaba solo. Bien, lo que tengo que decir es muy breve: Antonio le ofrece dos mil dólares. Si los quiere se los damos, si no, haga lo que quiera.

—Dígale a su patrón que no hago negocios con mandaderos, menos con mujeres.

—Como quiera. Si acepta, llame mañana.

La mujer tomó el bolso y pareció dispuesta a levantarse.

bien", le decía, y Antonio apretó la suave mano que se apoyaba en su hombro. El vigilante los miró burlón. Ella pareció acordarse de él.

—Si ya terminó de comer, puede irse a tomar el ómnibus.
El vigilante pasó un pedazo de pan por el fondo del plato.
—Muy bueno —dijo extendiéndoselo—. ¿No hay postre?

Salieron juntos, seguidos por una mirada de Antonio que al vigilante no pudo menos que extrañarle. No era curiosidad o preocupación, era otra cosa difícil de definir. Pero no llegaron a cruzar la esquina. Ella se paró en seco y dijo que no camina-
ba un paso más con él.

—Su padre no estaba muy contento de que usted saliera con un hombre.

La piel más bien oscura de la chica se encendió de pronto a la altura de las mejillas. Hizo como que no lo escuchaba y preguntó si iba a aceptar la oferta que se le había hecho. Por toda respuesta él comenzó a caminar calle abajo, rumbo a la rambla, sin volver la vista atrás. Al principio pensó que ella se quedaría en la esquina pero a poco escuchó sus pasos y vio que se ponía a caminar a su lado. La tarde se llenaba de luz, los niños corrían tras la pelota por la calzada y los perros revol-
vían los montones de basura y escombros que se amontonaban de trecho en trecho. Allí abajo, el mar marrón respiraba un aliento frío y salitroso, que hacía subir los cuellos de los abri-
gos y que al llegar a la rambla se transformaba en viento helado. El vigilante no se detuvo, ni Rosanna tampoco, pese a que comenzaba a tiritar bajo la delgada campera. Una gaviota graznó a poca distancia de ellos.

—¿Tenés frío?

—No —mintió ella, y luego de un rato—: ¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Le hice una oferta, ayer.

—Sí, me acuerdo.

Una persona apareció a sus espaldas. Era un pescador, que desdeñando el viento y el frío se dispuso a desenredar sus aliños sobre la balaustrada.

—¿Cómo se llamaba?

—Natalia.

—¿Quién era?

—Era la secretaria de mi padre. Al principio, al menos.

—¿Y después?

Ella no contestó. Parecía haberse calmado.

—¿Por qué le dice Antonio a su padre?

—Me acostumbré así desde chica.

—¿Y su madre?

—Murió hace unos meses. Ella vivía en Buenos Aires; pero, ¿qué se le importa?

—Nada. No se me importa nada. Soy curioso, eso es todo. Pero hay algo que no entiendo: ¿nadie ha reclamado a la chica?

—¿A Natalia?

—¿A quién va a ser?

Ella hizo una mueca despectiva.

—A su familia nunca le importó nada. No la buscan si no es para pedirle plata.

—Y me imagino que tu papá se la daba de sobra.

—Usted es un imbécil. Cuando Natalia llegó a pedir trabajo al negocio de mi padre, el negocio andaba mal, peor que ahora. La esposa, mi madre, se pasaba gastando lo que no podía en ropa y porquerías. Y encima, cuando mi padre volvía del trabajo, ella lo destrataba. Yo lo vi muchas veces.

Hizo una pausa y miró al mar.

—Yo también hacía lo mismo. Lo reconozco.

—Y Natalia le dio apoyo, me imagino.

—¿Vos qué creés? ¿Que soy tu padre, que a mí me vas a engañar como esa puta engañó a tu padre?

Ella negó con la cabeza.

—Hoy le pregunté a mi padre si era verdad que la había matado. Casi le da un infarto. Después se rió. No la mató, ni nada que se le parezca.

—Ah, sí. ¿Y qué andaba haciendo por Paso Carrasco? ¿Y por qué aceptó darme plata?

—Escuche, mi padre, ya le dije, hace importaciones de Argentina. La verdad, hizo algunos negocios turbios, bueno, ilegales. Temió que fuera por eso que usted lo chantajeaba.

—¿Qué negocios?

—¿Quiere que se lo diga, a ver si ahora nos chantajea en serio? Ni loca. Confórmese con saber que él no mató a nadie.

El vigilante la miró con seriedad. Después se rió.

—No tenés imaginación para mentir. ¿Por qué no probás con otra cosa?

—No sé cuándo se me hace más odioso. Si cuando está serio o cuando se ríe. Está bien, mi padre hizo un arreglo con unos tipos para pasar unos repuestos de computadora de contrabando. El no lo sabía, pero parece que eran robados. La joda fue que en Argentina descubrieron eso, y él se asustó y la última partida la escondió. Eso fue lo que usted vio, creo.

El vigilante pensó. Rosanna no lo miraba.

—¿Y qué pasa —preguntó— si llamo a la policía y les digo del fiambre?

—Por mí... De paso, dígales que averigüen por Natalia, que vean si es o no verdad lo que le digo: que ella le escribió a esa señora hace pocos días. Es la encargada de la pensión en que vivió cuando vino de Pando, después de separarse de la familia. Esa señora fue como una segunda madre para ella. Natalia siempre me lo decía. Le dejo el nombre y la dirección.

Escribió algo en un papelito. Luego se levantó y fue hacia

la puerta.

—Y por favor —dijo antes de salir—, limpie un poco esto. Da asco, igual que usted.

El vigilante pensó: podía decir a la policía del cadáver, pero tendría que explicar cómo lo había encontrado, y si realmente era Natalia, entonces Rosanna lo descubriría. Mejor sería una llamada anónima, pero a la larga sería lo mismo. De pronto comprendió que haberse dejado convencer por Rosanna de llevarla a la pensión había sido un error. Ahora sí lo ubicarían.

¿Sería posible que ella fuera tan astuta? Todo había parecido muy casual, pero el vigilante sentía una punzada molesta en sus sienes y una sensación no por antigua más conocida. Una sensación que durante muchos años había ocultado bajo mil capas de indiferencia, y que se manifestaba como un peso en el esternón. Era —pero él nunca lo hubiera reconocido— algo así como miedo.

Trató de razonar. Partió de la base, así como se lo habían enseñado, y resolvió suponer que, efectivamente, la actitud de Rosanna revelaba estudio y cuidado (“¿podía ser una mujer tan inteligente?”, se preguntó). Si era así, y si efectivamente intentaba salvar a su padre del crimen que había cometido (si es que lo había cometido realmente; él comenzaba a tener dudas, sobre todo recordando la figura patética de Antonio) ¿por qué le daba con tanta seguridad la dirección de quien fácilmente podía revelar sus mentiras? El vigilante, mirando la gélida llovizna que nublabla el cristal de su caseta, sonrió con el calor de una intuición: ella jugaba con su miedo. Si Natalia había sido asesinada, y él andaba por ahí preguntando por ella, atraería la atención de la policía en cuanto se pusiera a investigar el cri-

men una vez descubierto. Si Rosanna había pensado así, entonces era lógico que ella hubiese planeado de antemano que él la llevara a su casa, tal vez especulando que ningún hombre dejaría pasar la posibilidad de cruzar frente a sus vecinos acompañado de una mujer joven y bella ("y no se equivocó", tuvo que reconocer). En todo caso, había que reconocer que era inteligente, pues había sacado recursos de sus debilidades. Tal vez en ese momento ella estaría en su cama, sola o acompañada, riéndose de su imbecilidad.

Lanzó un súbito puñetazo a la puerta de la cabina, que resonó con estrépito.

—Yo te voy a enseñar —musitó en la oscuridad, con voz ronca de ira.

Un lejano maullido le contestó bajo el canto de la lluvia. El vigilante sonrió.

Recién se levantaba. Apenas terminaba de ajustarse la corbata del uniforme cuando golpearon la puerta del altillo. La encargada le dijo escuetamente: "una muchacha lo busca" y él no pudo contestar porque la mencionada muchacha subía decididamente los escalones de madera vieja, haciéndolos sonar con sus tacos.

—No puede pasar a la habitación —quiso interponerse la vieja.

—Soy la hermana —dijo Rosanna, y entró.

El vigilante cerró la puerta ante la atónita nariz de la encargada. Rosanna ni siquiera intentó sentarse —estaba todo revuelto, y la cama deshecha— pero se apoyó en la mesa.

—Con el uniforme —le dijo casi sonriendo— parece un ser humano.

El no dijo nada y terminó de peinarse, dándole la espalda.

—Vine a tranquilizarlo del todo. Recibí carta de Natalia. Está en Buenos Aires.

Le alargó un papel doblado por la mitad y un sobre. Villanueva los miró con desconfianza. El sobre tenía el nombre y la dirección escritos a máquina, y estaba dirigido a Antonio, no a Rosanna. El matasellos indicaba que había sido enviada desde Argentina tres días atrás.

—¿Lo ve?

—¿Cómo sabés que es de Natalia?

—Porque ella la firma, claro.

Dejó de lado sus pruritos y se sentó en la cama, mientras él leía.

"Querido Antonio:

Supongo que estarás muy preocupado por mi ausencia.

Perdonáme, pero no me animé a hablar con vos directamente.

No sé si Rosanna te contó que nos volvimos a pelear (espero que ustedes dos se hayan reconciliado).

Lo cierto es que después de eso decidí que era mejor que me fuera. No es que haya dejado de quererte, lo que pasa es que me siento muy mal pensando que tal vez yo soy culpable de que tu matrimonio y tu familia se destruyeran. Lo mismo con Rosanna. Yo nunca tuve una amiga como ella, y ahora no me puede ni ver. Ustedes, antes de que yo llegara, eran una familia como la que yo siempre hubiera querido tener. ¿Qué derecho tengo a seguir al medio? Me vine a Buenos Aires a empezar una nueva vida, y espero que ustedes puedan volver a estar tan unidos como siempre."

Seguía todo el resto escrito con la misma letra infantil y nerviosa. El vigilante se cansó de leer y dejó el sobre y la carta sobre la mesa de luz.

—¿Y bien? —preguntó Rosanna.

—Bien, ¿qué?

—¿Se convenció? Natalia está bien.

—Y vos estás muy contenta.

—Claro que sí. Eramos muy amigas. Y a pesar de todo lo que pasó, todavía podemos serlo. Creo que voy a ir a verla para hacer las paces. Y mi padre también va a ir, porque sigue enamorado de ella. El no ha leído la carta, porque no estaba cuando la recibí, pero esta noche se la voy a dar. ¿Sabe? Le confieso que usted tenía razón en algo: yo estaba celosa, y aparte pensé que ella quería aprovecharse de él. Pero ahora veo que no. Y si se quieren, bueno, que se quieran.

—¿A pesar de los veinticinco años de diferencia?

—Sí —y después de una pausa, preguntó—: ¿Usted cuántos tiene?

—Demasiados para vos.

Ella sonrió, divertida.

—¿Cree que le di filo? No, por Dios. Me enojaría si no estuviera tan contenta. Pero tampoco es tan viejo. ¿Treinta y cinco?

—Más o menos.

—Da lo mismo. Usted nació viejo. Pero está bien, no me diga nada. Ahora me voy.

—Hay un problema.

Ella lo miró interrogante.

—Hay una muerta enterrada en Paso Carrasco. ¿Qué hacemos con ella?

—Yo que usted, iría a la Policía y le avisaría.

—¿Y si es Natalia?

—Ah, de vuelta con lo mismo. Me voy, déme la carta.

—Perdonáme, pero, dadas las circunstancias, prefiero quedarme con ella. Podés venir a buscarla mañana.

Rosanna quedó con la mano extendida. Se puso seria, pero no dijo nada.

—Haga como quiera —concluyó.

Iba a levantarse, pero el vigilante la detuvo con un gesto.

—Hay algo que no me gusta de todo esto. Algo que huele mal.

—No me extraña, se debe oler usted mismo.

—¿Te parezco malo?

—No, para nada.

—Pero puedo ser muy malo.

Ella se alzó de hombros.

—Vos hace unos días —continuó él— me dijiste que quería destruir. Tal vez, pero más que nada lo que quiero es saber. Saber la verdad, no me preguntés por qué. Y es eso lo que destruye, porque la verdad hace salir la mierda a la superficie.

—Y a usted le encanta ver mierda, ¿no es cierto?

—¿Por qué sos tan mal educada? ¿Nunca oíste decir que la verdad nos hace libres?

Rosanna arrugó la boca con desprecio.

—La verdad nunca hace libre a nadie. Cuando mucho, puede hacer reír.

El vigilante se sentó en la cama, casi rozándola.

—Te voy a contar algo: hace tiempo conocí a una tipa como vos. Parecía muy fuerte. Era una flaca que estudiaba Medicina. Yo recién entraba en la Policía. La arrestaron por bolche, y me acuerdo que pasaron toda una noche interrogándola, y no hubo manera de que soltara nada. El que estaba a cargo ya quería manotear la picana. Pero yo le dije que me dejara a mí. Y la convencí.

—¿De qué la convenció?

—De que dijera los nombres de los otros bolches que conocía. Ella era muy dura, yo me di cuenta de que ella se sentía orgullosa de ser tan dura, así que empecé a hablarle de cualquier cosa. Yo era un agente común y corriente, y no sospeché nada. Se sintió bien hablando conmigo. Hasta tomamos mate

juntos.

—Me imagino lo bien que se habrán sentido.

—Al final estaba cansada. Me contó de lo sola que se sentía, de su pelea con un novio que había tenido. Me imaginé que el novio era de la célula, así que empecé a tirar el hilo por ahí, con cuidado, porque era muy inteligente.

—¿Y terminó contándole todo?

—No enseguida, al cabo de muchas horas sí. Agarramos a unos cuantos. A ella la dejaron en libertad después de un tiempo, y nos seguimos viendo. Incluso nos siguió pasando información durante un tiempo, y hasta salimos juntos. Después se suicidó.

Rosanna quedó pálida.

—Eso es lo que veo de la gente —siguió el vigilante—. Todo el mundo se hace el fuerte, pero al final se quiebra. También te vas a quebrar vos.

Ella permaneció en silencio unos momentos más. Después rió con ganas.

—Creo —dijo— que el que se va a quebrar es usted.

Se levantó y fue hacia la puerta.

—Yo no tengo por qué suicidarme —exclamó antes de cerrar— y si lo tuviera, tampoco lo haría. Si me quiere ver muerta, me va a tener que matar usted.

La pensión era igual a todas las pensiones que el vigilante conocía: una puerta, un corredor (o una escalera que ascendía al segundo piso), un patio cubierto por una claraboya (o a veces sin claraboya), un racimo de piezas a su alrededor, que muchas veces se subdividían por tabiques como un organismo celular que tuviera que reproducirse hacia adentro, un patio al fondo (o si no una azotea) con tres o cuatro piletas y una doce-

na de cuerdas para colgar ropa, todo eso cruzado y vuelto a cruzar por mujeres y hombres que llevaban palanganas con ropa húmeda y cacerolas y sartenes de un lado a otro. El vigilante se sentó a esperar a la encargada —a la que una mujer con las piernas debilitadas por la artritis había ido a buscar— en un desvencijado sofá del patio central. Los habitantes de la pensión pasaban a su lado mirándolo con indiferencia. Tal vez ni siquiera se conocían bien entre ellos.

La encargada apareció observándolo con desconfianza. Escuchó sus preguntas con extrañeza, pareció buscar en su memoria.

—La recuerdo —dijo—, pero ella ya no vive aquí desde hace un año.

—Ya lo sé —repuso el vigilante—, pero ella le escribió hace poco, ¿no?

La mujer lo miró impasible.

—¿Usted quién es? —preguntó de repente.

El pensó un momento. ¿Mentiría?

—Me llamo Villanueva —respondió—, soy amigo de Natalia.

—Ya lo veo —dijo ella con una mueca indefinible—. Sí, ella tenía muchos amigos.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Me escribió, sí. Hace cinco o seis días. ¿Usted cómo lo sabe?

—Me lo dijo una amiga de ella, Rosanna.

—Ah, sí, me llamó por si sabía algo de ella. Es raro.

No dijo nada más. Y el vigilante, que esperaba que continuara, se sintió molesto.

—¿Tiene la carta? —preguntó al fin.

—¿Para que la quiere?

—La familia está preocupada por ella. Quiere saber dónde está.

La mención a la sagrada familia tranquilizó los escrúpulos

morales de la encargada que, sin embargo, no se mostró más dispuesta a colaborar.

—Supongo —dijo— que si ella quisiera comunicarse con la familia, les escribiría.

—Yo supongo lo mismo. Pero tratándose de Natalia —arriesgó— no es fácil saber lo que quiere, ¿no? Usted la conoció, sabe que es así.

—Así es toda la gente.

“Vieja arpa”, dijo para sí el vigilante, que había confiado en que su invocación a la amistad la ablandara. Pero luego, otro pensamiento se superpuso a su irritación: ¿por qué era tan reacia a hablar de Natalia? Decidió dejarse de vueltas.

—De acuerdo —dijo—, soy yo el que quiere saber dónde está Natalia. ¿Quiere que le explique por qué?

Una leve sonrisa de triunfo asomó a los labios de la encargada, y el vigilante tuvo que reprimir la suya, adoptando un aspecto cohibido.

—Me lo imaginé —dijo la mujer—. Déjeme que le dé un consejo: olvídense de ella.

—¿Por qué? —preguntó él, ahora sorprendido en serio.

—Natalia es un encanto —explicó la otra—. Pero esconde una uña afilada en su cabeza. Ha pasado mucha gente por acá. Mírelos, usted los ve. Toda esa gente que se amontona acá, no tiene otro destino que sobrevivir, y es eso lo que los hace continuar. Todas son buenas personas. Todas serían capaces de cuidarla a una si una se enferma. De dar lo poco que tienen, si es necesario, por una.

Le indicó que la siguiera a una de las piezas, que estaba desocupada.

—Pero déles una sola posibilidad de salir de esto, y venderían a su madre.

El vigilante rió.

—Por suerte —continuó ella— la mayoría no tiene esa posibi-

lidad. Eso los hace ser buena gente.

—Ya entiendo —exclamó el vigilante, que veía hacia dónde iba la otra—, pero Natalia sí la tenía.

La mujer asintió, y le pidió que esperara un momento allí. Salió y al cabo de unos minutos regresó con un papel en la mano.

—Esta es la carta que usted dice.

El vigilante la leyó. No decía nada importante, sólo que se iba a Buenos Aires, que con los preparativos del viaje no tenía tiempo de irse a despedir, pero que la saludaba y le deseaba buena suerte.

—Ni siquiera llamó por teléfono desde que se fue. No entiendo qué le dio por escribirme ahora.

El vigilante no le prestó atención. Extrajo la carta que le había dado Rosanna y comparó las letras. Parecían ser iguales.

—Esta es la pieza donde vivía ella. Nunca la vi comer más que un plato de arroz o un churrasco.

—¿No tenía trabajo?

—Si hubiera sido una gurisa normal, hubiera conseguido trabajo de promotora o en una fábrica. Ahora que lo recuerdo, llegó a trabajar en algo de eso, pero poco tiempo. Decía que eso no era para ella, que si seguía en eso iba a terminar envejeciendo ahí. Que ella quería un futuro.

—Es lo que dicen todos —dijo el vigilante, devolviéndole el papel. Y cuando ya salía por el corredor, preguntó—: ¿Cuándo llegó la carta? ¿Cinco días, me dijo?

—Cinco o seis, más bien. La trajo un muchacho que vivió acá también.

—¿Cómo? —el vigilante se entreparó—, ¿no vino por correo?

—No. La trajo ese muchacho que le digo. Es un gurí del interior, muy buen muchacho. Lástima que medio bobo.

El vigilante asintió.

—Una vez —terminó de explicar la mujer— le robaron la plata a un jubilado que vivía acá. Yo estoy segura que fue Natalia. Debía tres meses de pensión, y el dueño quería echarla. Al otro día del robo pagó. Yo estuve segura que era ella.

Llegaban a la puerta, y al abrirla la mujer agregó con acritud:

—Ella se puso a llorar y dijo que yo era injusta. La iba a denunciar, pero ese muchacho apareció de tarde y dijo que había sido él.

ر

—¿Por qué hizo eso?

—¿A usted por qué le parece que lo haría? Ya le dije que era, y es, bobo. Yo lo convencí al dueño que no lo denunciara, porque sabía que él no era. Pero tuvo que comprometerse a devolver la plata. Y la devolvió. Hizo horas extras por tres meses. Natalia siguió acá un tiempo y yo no veía la hora de Dios en que se fuera. ¿Sabe? Tenía miedo que entrara de noche a mi cuarto y me arrancara los ojos.

El vigilante salió.

—Tenga cuidado —volvió a decirle la encargada—. Natalia es una tipa mala, pero es un encanto. Convince a cualquiera.

Confundido, sin saber qué pensar, el vigilante no tomó el ómnibus enseguida, sino que se fue caminando lentamente. Pensó en ir hasta la casa de Minas y Durazno, pero desistió. En unos minutos debería marchar a tomar la guardia, igual que todos los días. Sacó del bolso la libreta y comprobó con asombro que aún había ciento setenta y dos anotaciones.

Desde la madrugada en que vio por primera vez el Chevette blanco, no había anotado nada más. Tal vez esa noche volviera a hacerlo, pensó.

Pero pasó toda la noche y no había anotado nada. Eran

más de las seis. El sereno renunció a preguntarle por qué no se iba, y si lo hubiera hecho él no le hubiera contestado, pero esta vez porque él mismo no sabía la respuesta. Se había quedado allí, en la caseta, limpiando su revólver. Dejó las balas en la mesita, cuidando que formaran un cuadrado perfecto, pero siendo doce balas tuvo que ponerlas en tres filas de cuatro. Se quedó cavilando que para que el cuadrado fuera perfecto tendrían que ser dieciséis.

—¡Al diablo! —exclamó de pronto.

Continuó limpiando el revólver, pero el sereno lo interrumpió al entrar apresuradamente, con el rostro congestionado.

—Venga, venga rápido —le dijo.

Lo condujo a una de las esquinas de la planta. El vigilante lo seguía sin comprender, hasta que al fin el viejo le indicó algo, entre las cajas de madera y los fierros. Era el gato, que caminaba arrastrando la pata rota y lanzando lastimeros maullidos.

—Veo que está mejor —dijo el vigilante—. ¿Todavía quiere que lo mate?

—Por Dios, mire.

El vigilante miró, y de pronto sintió un escalofrío correrle por la espalda. El gato tenía los ojos en blanco, y caminaba en círculos, lentamente, sin detenerse, maullando.

—Está loco —musitó el sereno—. Está loco. Por mi madre, que nunca vi un gato loco. Mátele, por lo que más quiera.

El vigilante sintió que el gato lo miraba, aunque ya no podía ver.

—Una bala alcanza. Yo se la pago.

—No —respondió él.

—¿No?

—Déjelo vivir.

—Eso no es vivir —dijo el viejo—, ese gato gira como obsesionado alrededor de algo.

El vigilante no contestó. Corrió a su caseta, tomó el revólver, lo guardó en el bolso y se fue.

Se despertó sobresaltado. Estaba soñando, y en su sueño soñó que no tenía ojos. Tardó en comprender que veía, pero aun así, asustado, fue a mirarse al espejo. Aunque vio sus ojos en su lugar habitual, demoró en calmarse. El agua fría con que se mojó el pelo y la cara disolvió las dudas, pero de todos modos no sentía hambre, y decidió salir para su trabajo. Ya preparaba el bolso cuando golpearon la puerta. Era Rosanna.

—La encargada me dijo que mi hermano estaba durmiendo —y sonreía al decirlo—, pero igual me dejó pasar.

El vigilante pensó un momento. Luego tomó las cosas que había sobre la silla y las dejó en la cama.

—Sentáte.

—Qué amable. ¿Todavía quiere que me mate?

El vigilante sonrió, a su pesar.

—No es casado, ¿no?

—¿Se nota mucho?

—Siempre tan irónico. Me pregunto por qué. Todos estos días he pensado mucho en usted. Bueno, más bien que no he tenido más remedio. Pero me dije: un tipo como usted está tan vacío que no puede ser realmente malo. Pensé en la historia que me contó, de esa muchacha que salía con usted, la que se mató.

El ponía agua a calentar en ese momento.

—¿Tomás mate?

—Bueno. —Y después—: Está muy solo, ¿no?

—Igual que vos.

—Pero yo tengo esperanza.

—Sí —contestó el vigilante—, eso es lo que tiene todo el mundo: una ilusión.

—¿Y cuál es la suya?

—Ninguna.

—Eso es lo que lo hace sentir distinto. No cree en nada. Pero se equivoca. Usted cree que no cree. Sin embargo, es de lo más ingenuo.

La miró. La piel color oliva parecía un mar en calma.

—Decíme vos, entonces, en qué creo.

—Ah, yo no lo sé. ¿Por qué no me lo dice usted?

—Una vez mi padre me dijo: “nunca creas en nadie, y menos que en nadie, en los que te digan que no creas en nadie”. Tenía razón.

—Si no cree en nadie, tampoco cree en usted. Somos bastante parecidos en el fondo.

—Ahora sos vos la que creés. Creés que me conocés.

—Eso es imposible. ¿Sabe? Conocer una persona es como pelar una cebolla. Una saca una capa y se encuentra con otra distinta, y después saca otra y otra, y en el caso de la cebolla al final una encuentra la cebolla, pero en el caso de la persona, después que saca la última capa, se queda sin nada. No somos más que las capas.

—Como los fantasmas.

Le dio un mate. Ella sorbió en silencio.

—Las cosas se están arreglando —dijo al devolvérselo—. Mi padre entregó la última partida del contrabando y se desentendió del asunto.

El vigilante frunció el ceño, súbitamente alarmado.

—¿Cómo? Me habías dicho que lo había enterrado.

—Sí. ¿Pero se acuerda cuando me llamó y me dijo que lo había visto con un paquete en Paso Carrasco? Yo se lo dije y él fue a buscarlo. Se asombró mucho de encontrarlo en el mismo lugar donde lo había escondido, pero no me dijo nada. Lo guardó unos días en la maleta del coche hasta que pudo devolverlo.

El vigilante pensó. Recordó que había visto el coche blan-

co pasar una segunda vez por el camino.

—¿Dónde está tu padre?

—Se va a ir a Buenos Aires, a buscar a Natalia. Por eso vine. Si ya no precisa la carta de Natalia, me la llevo. El me la pidió.

—Y vos, ¿te vas a ir con él?

—Sí, creo que sí. ¿Me va a extrañar?

—Tal vez.

—No va a tener a quién hacerle la vida imposible.

—¿Eso es lo que pensás de mí? ¿Que me gusta hacer la vida imposible?

—No. Pienso que espera algo.

—Y vos me lo podés dar, ¿no?

Ella movió la cabeza con fastidio.

—¿Por qué es tan ganso? Hay cosas que para gente como usted son imposibles, como ser: amar. Olvídense de eso. En cambio, le puedo ofrecer mi amistad.

—¿Y para qué quiero tu amistad?

—Piénselo. Tendrá alguien que lo escuche. Eso es más de lo que tienen la mayoría de los seres humanos en este mundo. —Luego agregó—: Es más de lo que tengo yo.

El vigilante intentó escrutar sus ojos, pero ella miraba lejos.

—Estuve en la pensión en que vivió Natalia —dijo de pronto, y se quedó estudiando la expresión de la chica. Pero ella se limitó a elevar un poco las cejas.

—¿No me diga?

—Sí te digo.

—¿Y?

—Según la encargada, tu amiga es una arpía.

—Ah, ¿por qué dijo eso?

—Me contó una historia con un tipo. Le echó arriba un robo.

—Entiendo. Sí, conozco la historia, conozco al muchacho también. Fueron novios con Natalia, ¿sabe? Pero ella nunca se portó mal con él. Simplemente rompieron cuando... usted sabe, cuando mi padre.

—Tenía más plata, ¿no?

Ella suspiró.

—Eso pensé yo. Para decirle la verdad, lo pensé hasta ahora. Le digo más. Creo que en cierta medida es cierto, pero ahora la entiendo. ¿Usted sabe lo que es pasar hambre? ¿Usted sabe lo que es no tener nada? ¿Lo que se dice nada de nada? ¿Y que lo único que queda es esperar que vengan a sacarlo a patadas a la calle? Usted no lo sabe y yo tampoco. Pero si estuviera así yo haría cualquier cosa para salir.

—Te venderías.

Ella lo miró con rabia, pero luego bajó la cabeza.

—Sí —respondió—. Me vendería. Igual que lo hace casi todo el mundo.

—Yo no me vendo.

Ella alzó la cabeza y sonrió.

—Porque no tiene nada que vender. Pero quiero explicarle por qué cambié de opinión respecto a Natalia. Supongamos que es cierto que salió con mi padre para asegurarse la comida, y tal vez una vida cómoda. ¿Es eso tan malo? Fíjese que ella podría haber seguido saliendo a escondidas con ese muchacho. El pan y la torta. A ella él le gustaba, eso me consta. Cuando eligió a mi padre, renunció a algo que quería. Le debe haber dolido.

El vigilante tomó el mate, pensativo.

—Y ahora —siguió Rosanna— ya ve lo que hizo: sintió que no tenía derecho a eso y se fue. ¿Cómo la va a juzgar tan mal?

El vigilante se recostó hacia atrás apoyando su cabeza en la pared.

—Si no es Natalia, ¿quién es?

Rosanna se alzó de hombros.

—Hay algo que veo en usted. Me ha costado comprenderlo; usted encuentra los restos de un ser humano tirados por ahí, y en vez de sentir horror y correr a buscar la policía, se dedica a perseguir a gente que no conoce, a meterse en su vida. ¿Por qué lo hace? No me diga que es por la plata. Mire esto. Parece la celda de un monje. Usted no precisa plata, eso lo vi desde el principio. Pero entonces, ¿qué es lo que busca?

La sonrisa de Rosanna se extendió de pronto alumbrando la triste habitación. Cruzó sus piernas y se inclinó hacia adelante.

—Claro. Pero, ¿por qué?

El vigilante pensó. No lo sabía. Rosanna miró el reloj.

—Se me hace tarde. Debo irme. ¿Me da la carta?

—¿Para qué la quiere tu padre?

—Es la carta de la mujer que ama. ¿Puede llegar a comprender eso?

El vigilante dejó el mate sobre la mesa.

—No la tengo acá —dijo—, te la doy mañana.

—¿Seguro?

—Si digo que te la doy mañana, te la doy mañana.

—¿Me va a esperar con el mate?

Hubo de sonreír. Ella se puso el abrigo, y él, cediendo a un súbito impulso la acompañó hasta la puerta, ante la mirada interesada de los vecinos.

—En todos lados es igual —comentó ella con burla, y cuando él le abrió la puerta, le dijo—: Si quiere, le dejo darme un beso. Así se mueren de envidia.

El quedó sorprendido y antes de que pudiera contestar sí o no, ella se escapó dejando a su paso su sonrisa y un ademán de despedida.

El frío había cedido de pronto. El viento otoñal había sido sustituido por una leve brisa que traía desde el norte olores de maderas tropicales y presagios de lluvia. El vigilante, con su linterna en la mano, escrutaba la oscuridad que ocultaba el sitio en que unas semanas antes había visto estacionar el Chevette blanco. En su caseta dormían su mate, su termo y su libreta con las ciento setenta y dos anotaciones. Pensó que debía hacer una recorrida. Miró la silueta muerta de la fábrica y los hierros lo miraron con asombro. Se sentía cansado. Había sido sólo un capricho no entregarle la carta a Rosanna. Rosanna se iría en pocos días. ¿Por qué no se la había dado? Las cosas más absurdas que hacemos son las que constituyen nuestra esencia. ¿Acaso quería obligarla a regresar por última vez? No, se respondió. La razón era que quería buscar de una vez por todas la cabeza de la mujer asesinada, para salir definitivamente de dudas. Pero a esa altura, si la cabeza estaba allí, debería estar carcomida por los gusanos y las hormigas. ¿De qué le serviría?

Cabizbajo, llenos los pulmones del aire de esa extraña primavera, regresó a su caseta, olvidando la recorrida. Dejó la puerta abierta y se quedó sentado a oscuras, pensando. De pronto sintió que alguien lo miraba. Sobresaltado, se volvió.

Era el gato. Estaba quieto, frente a la puerta, con los ojos fijos en él.

—Ah —dijo el vigilante, tranquilizado—. Sos vos. ¿Se te pasó la locura?

El gato no se movió. El vigilante dejó de prestarle atención. Pero al cabo de unos minutos, lo miró de nuevo. El animal no se había movido un centímetro.

—¿Qué querés? —le preguntó.

Sintió un leve escalofrío correrle por la espalda, al ver que los ojos fosforescentes estaban muertos. No lo miraban a él. Simplemente no miraban nada.

—¿No va a ir a la Policía? Lo llevo. Mi padre me prestó el auto.

Parecía tan segura que tuvo un momento de duda, pero decidió seguirle el juego. Tomó su campera del ropero y buscó con la vista el bolso. De pronto recordó que lo había dejado colgado en el respaldo de la silla. Fue tarde. Cuando se volvió, Rosanna lo apuntaba con su propia arma. No supo qué le dio más pavor, si ver volverse contra él el cañón de acero que tantas veces había limpiado, o ver los ojos impasibles de la muchacha.

—Me dio gusto conocerte —dijo ella sin temblar.

—Estás loca. Soltá eso.

—¿Por qué tenías que meterte? ¿Por qué?

—No podés tirar acá. ¿Cómo vas a salir después?

—Te lo cuento —replicó ella— cuando nos veamos en el infierno.

Apretó el gatillo. El vigilante alcanzó a cerrar los ojos.

El vigilante Villanueva se asombró, más tarde, de la cantidad de cosas que se pueden pensar en un momento como ese. La más extraña de todas fue pensar que estaba vivo. Tardó en descubrirlo, pero al abrir los ojos sólo vio a Rosanna gatillar una y otra vez con las manos crispadas un percutor que inviablemente golpeaba en el vacío.

—Parece —dijo secándose el sudor de la frente— que hoy olvidé cargarla.

El rostro de la muchacha estaba congestionado. Un demonio violento se había apoderado de su cuerpo. Le arrojó el revólver, que le rozó la cabeza y fue a hacer trizas el espejo. El avanzó hacia ella, que se arrojó a su cara blandiendo las afiladas uñas. El vigilante chilló al sentir las clavarse en sus párpados.

Dio un paso atrás, le lanzó un puñetazo que le dio en la boca. Ella cayó al suelo, entre los trozos de vidrio, y se puso a llorar.

—¡No me pegues en la boca! —gimió.

El la miró estupefacto. El largo pelo negro rodaba por las baldosas, junto con lágrimas blancas y gotas de sangre roja.

—No me pegues en la boca —repitió.

El vigilante se arrodilló junto a ella, restañándose las heridas.

—No llores —le pidió—. Vamos, levántate.

Una puntada feroz en la palma de la mano lo hizo erguirse de un salto. Apenas pudo ver la astilla de vidrio que ella le había enterrado con furia cuando la vio alzarse con un agudo pedazo de espejo que intentó hundirle en el pecho. El logró esquivarla, ella chillaba como una rata enjaulada, él la empujó violentamente contra la pared. Se escuchó un crujido extraño. Rosanna cayó al piso.

—Mierda —dijo el vigilante buscando la silla para sentarse—, casi me abris las venas.

Apenas pudo contener el grito al arrancarse la astilla. Miró la herida, parecía profunda. Se la envolvió como pudo, con un pañuelo que enseguida se tiñó de rojo.

—Levántate —le dijo a Rosanna—. Casi me jodés, ¿no? Vení, vamos a hablar. ¿Creés que no entiendo? Fue tu padre, ahora lo veo claro. ¿Por qué lo defendés tanto? —Se interrumpió para hacer un gesto de dolor—. Vos valés mucho más.

Ella, de espaldas en el piso, miraba las telarañas del cielo raso con los ojos muy abiertos.

—¿Rosanna?

El vigilante Villanueva, cansado y herido, comprendió que ya no tenía quien le escuchara.

Esperó que se hiciera de noche antes de bajar a la pieza del vecino. Este le hizo un gesto cómplice al verlo tan lastimado.

—Es brava esa mina —le susurró—. ¿Precisa ayuda?

—No. Preciso su serrucho.

—¿Mi serrucho?

—Sí. ¿No tiene uno?

Un maullido siniestro le cortó la respiración.

A su espalda, un gato lleno de heridas engangrenadas trazaba un círculo alrededor de un bulto. Era una calavera en cuyas cuencas hervían los gusanos, apenas cubierta por un trozo de trapo pútrido, y en la que algunos pelos rubios insistían en pegarse al cráneo. El vigilante gritó, dio un paso atrás, tropezó y cayó sobre el torso ensangrentado de Rosanna. El gato se detuvo y lo miró con sus ojos muertos.

El vigilante, atravesado por el miedo, huyó hacia el auto.

Ella había dicho la verdad: encontró las llaves del auto en el abrigo y el auto en la esquina. Sobre las cinco de la mañana pudo cargar los paquetes sin ser visto. Mientras arrancaba, se le ocurrió que no conocía ningún lugar seguro donde esconderlos.

Salvo el que ya conocía.

De lejos vio al guardia que lo había suplantado esa noche. Era su primera falta en los seis años que llevaba en la empresa. Por suerte, su suplente no se tomaba las cosas tan en serio como él: ni siquiera levantó los ojos de la revista que leía cuando cruzó con el coche frente a la fábrica.

A las seis de la mañana estaba lo suficientemente claro como para terminar el arduo trabajo. Sin poder usar la mano izquierda, que sentía dolorida y agarrotada, escarbó como pudo en la arena y ocultó los paquetes más chicos, pero el más grande no entraba, y ya escuchaba voces lejanas transitando por el camino. Decidió buscar el otro bulto. Estaba bien oculto, sin duda, pues a él mismo le costó ubicar la sábana blanca que ya tenía olor a podrido. Dejó el paquete a un lado y comenzó a cortar, con su única mano disponible, unas ramas de los arbustos cercanos.

Dejó el coche abandonado en cualquier sitio. Regresó a la pensión en ómnibus. Al llegar, se cruzó con una vecina que miró extrañada las magulladuras y cortes que tenía en su cara, pero no le preguntó nada. El fue a la sala y tomó el teléfono.

—¿Hola?— contestó la voz nerviosa de Antonio al cabo de unos momentos.

—Tu auto está tirado en General Flores y Propios —susurró—. Andá a buscarlo antes que te lo roben.

Iba a colgar cuando escuchó la pregunta.

—¿Dónde está Natalia?

Quedó sosteniendo el tubo en la mano. ¿Había escuchado mal?

—¿Dónde está Natalia?— volvió a preguntar el otro, con la voz alarmada.

—Donde está Rosanna, querés decir.

—Rosanna está en Buenos Aires. ¿Quién habla? ¿Usted es el que ha llamado otras veces? ¿Quién es?

—¿Cómo sabés que Rosanna está en Buenos Aires?

—Natalia me lo dijo. Ellas viven juntas. Pero, ¿quién es usted?

—Ella vive con vos. No mientas, ella vive con vos.

—No, por Dios, Natalia se está quedando conmigo unos días, hasta que Rosanna vuelva, porque no quiere quedarse sola en la casa de Paso Carrasco. Dígame, ¿ella está bien?

El vigilante colgó de un golpe. Le dolía todo el cuerpo, pero igual no se movió de la silla, pensando.

El teléfono sonó. Mecánicamente tomó el tubo.

—¿Diga?

—¿Villanueva?

—El mismo.

Nadie habló.

—¿Hola? —volvió a preguntar. Pasaron unos segundos antes de que escuchara de nuevo la voz desconocida.

—Te vi —oyó que dijeron—. Ayer te vi. Vi lo que hiciste.

—¿Quién habla?

Solo el ruido del auricular al ser colgado, y luego el tono opaco de la línea libre, que quedó sonando en su oído sin interrupción, indiferente. Interminable.

Montevideo, noviembre de 1995

LA MANCHA

Al principio pensé que era un manchón de tierra en el marco de la ventana. Pero era extraño. No debería haber tierra a esa altura y yo no recordaba haberla visto antes. No, cuando Ana me trajo a la cama y me arrojó no estaba allí. Lo recuerdo bien porque miré a Ana cuando se iba, y a sus espaldas estaba la ventana. No había nada en el marco. ¿Qué era eso? Me daba miedo y pensé llamar a Ana con un grito. Pero Ana se enojaría. Ella es buena pero se enoja mucho, sobre todo cuando me hago pichí pero no es culpa mía pero no me animo a decirle que no cuando me reta. Ella me hace levantar y yo me quedo parado en un rincón mientras ella cambia las sábanas rezongando por lo bajo. Después me pone un calzoncillo limpio y yo me duermo reconfortado. Eso no se movía. Pero no era una mancha. Lo malo era que apenas se veía, porque Ana me apagó la luz y cerró la puerta. Por la rendija entraba un poco de luz del living, pero no alcanzaba. Ana estaba allí, leyendo o mirando tele. Se enojaría si me levantaba y prendía la luz. Mejor sería llamarla.

Estuve un rato pensando en eso. No se movía. Era una mancha. Cerré mis ojos y casi me dormí; de repente volvía a abrirlos. Me pareció que se había movido. Antes estaba más arriba.

O más abajo.

Ana apagó la luz del living y todo quedó completamente a oscuras. No estaba seguro de que la mancha se hubiera movido. Si se había movido podía moverse hasta el piso, atravesar la habitación y subir por las cobijas. Extendí la mano y recogí